

Rosvita + Acid Mothers Temple - Sala La Boite

2-11-07

Una larga cola daba la vuelta al edificio antes de la apertura de puertas de La Boite, palpándose la expectación ante el concierto de la banda japonesa. Empezaron **Rosvita**, trío madrileño de lo que podríamos llamar punk del siglo XXI: distorsión eléctrica al máximo, bajo, programaciones y un incansable batería sosteniendo sonidos retorcidos y directos. Una montaña rusa de juegos melódicos que se sucedían a toda velocidad y sin descanso, a ratos contagiando su entusiasmo y en algunos momentos sobrecargando un poco. Después aparecieron **Acid Mothers Temple & The Melting Paraiso Ufos**, cuarteto conformado por guitarra eléctrica (el líder, Makoto Kawabata), batería, teclista (a veces segunda guitarra), y bajo y ocasional vocalista.

Lo que vimos y escuchamos allí fue una *jam* en toda regla, sustentada en el rock progresivo y en momentáneas descargas de guitarrero sucio y directo. Y como tal fue irregular, con instantes de desvarío (los juegos vocales de Tsuyama Atsushi, el bajista, que lo mismo hacía gárgaras bajo el micrófono que se ponía a entonar a capella lo que parecía una canción tradicional) y otros de acierto pleno en la diana. El sonido de La Boite contribuía a homogeneizar el sonido y provocar cierto solapamiento de los instrumentos, pero aún así la técnica y capacidad de compenetración entre los miembros era asombrosa. Comenzaron calentando motores, concentrándose en un rock de altos decibelios con esquemas sencillos; la magia surgió a partir del tercer corte, en el que, sobre ritmos repetitivos, aplicaron metódicamente la improvisación. Cada uno tenía su propio *tempo*, consiguiendo sin embargo que cada instrumento encajara sorprendentemente bien. No había prisa: Acid Mothers Temple iban introduciéndose lentamente en espirales sónicas llenas de matices, que parecían brotar directamente de su cuerpo.

De vez en cuando, también, se dejaban llevar por el exhibicionismo, con riffs de guitarra setenteros y, sobre todo, detalles para las fotos y el anecdotario a la salida. Solo así se puede tomar el cierre del concierto, en el que Kawabata tomó su guitarra por el mástil y la balanceo como si fuera a estrellarla contra el suelo; luego, como pensándose mejor, la elevó por encima de su cabeza y la dejó colgada de uno de los focos. Finalmente, cogió el cable al que estaba enchufada y lo movió en círculos sobre su cabeza, mientras el resto de la banda seguía con lo suyo. La mayoría de los asistentes asistían a esta exhibición con expresión de asombro, desconectados de la música. Realmente no le hacían falta a Acid Mothers Temple estos fuegos artificiales, tras el derroche de inspiración y virtuosismo que habían ofrecido durante la mayor parte de la hora y cuarto que duró su espectáculo.

Jaime Menchén López